

“INDIVIDUOS PERDIDOS EN LA MULTITUD”: MILL Y TOCQUEVILLE SOBRE LA SOCIEDAD DEMOCRÁTICA*

*María Pollitzer***

Resumen: Este artículo examina la lectura que hicieron Alexis de Tocqueville y John Stuart Mill sobre el carácter ambivalente de la sociedad democrática a mediados del siglo XIX. Se concentra particularmente en un fenómeno que interpeló a ambos por igual (la nueva vinculación establecida entre los individuos y las masas), y analiza tanto sus raíces como sus implicancias.

Abstract: This article examines the ambivalent character of democratic society as envisaged by Alexis de Tocqueville and John Stuart Mill in the mid-nineteenth century. It focuses particularly on a phenomenon that challenged both equally (the new link established between individuals and the masses) and analyses its sources and consequences.

I. Introducción

Alexis de Tocqueville (1805-1859) y John Stuart Mill (1806-1873) se vieron únicamente en dos oportunidades, el 26 y el 29 de mayo de 1835, cuando el francés visitó Inglaterra por segunda vez.¹ Ambos venían de atravesar una crisis personal que los había llevado a replantear el legado recibido y a distanciarse parcialmente del entorno más cercano en el que habían sido formados. Se encontraban, así, en una etapa de apertura a

* Una versión preliminar de este artículo fue presentada en el X Congreso Nacional de Ciencia Política “Democracia, integración y crisis en el nuevo orden global: tensiones y desafíos para el análisis político”, 27 al 30 de julio de 2011, Ciudad de Córdoba, Argentina.

** Lic. en Historia. Doctora en Ciencias Políticas (UCA). Profesora Adjunta, Historia de las ideas políticas III (UCA). Email: maria_pollitzer@hotmail.com

nuevas influencias que los predispuso a intercambiar con otros sus primeras impresiones y reflexiones acerca de la emergente sociedad democrática. Rápidamente, se reconocieron como buenos interlocutores y encontraron en sus respectivos escritos una cantera de ideas e intuiciones que, creían ellos, podían complementar las suyas propias. Si bien es cierto que cada uno provenía de un contexto socio-político diferente y que sus recorridos intelectuales no eran exactamente iguales, es posible advertir en el conjunto de su reflexión política un haz de preocupaciones que los encuentra hermanados. Fue precisamente esta común percepción la que permitió que se gestara entre ellos una prolongada y fructífera amistad. Como es bien sabido, Mill se ocupó personalmente de la recensión de los dos volúmenes de la *Démocratie en Amérique* (obra para la que no escatimó elogios) y Tocqueville colaboró con la revista dirigida por su par inglés, la *London and Westminster Review*, publicando en ella su ensayo titulado “État social et politique de la France avant et après 1789”.

Las primeras publicaciones de ambos dan cuenta del carácter inédito de los tiempos en los que les había tocado vivir. En ellas se enfatiza la incommensurabilidad entre las épocas pasadas y el presente y se subraya reiteradamente que el mundo que los rodea es un mundo compuesto por hombres “nuevos”, que tienen aspiraciones e intereses distintos a los de sus antepasados e insisten en ser “gobernados de una nueva forma”, “unidos por nuevos lazos” y “separados por nuevas barreras” (Mill, 1986a: 228).² Ninguno de los dos fue ajeno, por tanto, a aquella “sed de desciframiento” que –según P. Rosanvallon– embriagó a tantos otros pensadores de comienzos de siglo, y que se manifiesta en la ambición por comprender una humanidad en profunda transformación (2007: 129). En esta tarea, tanto Mill como Tocqueville se presentaron como observadores imparciales, liberados de prejuicios y de nostalgias infundadas.³

Las páginas que siguen están destinadas a presentar el análisis que hicieron estos autores coetáneos sobre un aspecto de la sociedad democrática del siglo XIX que interpeló de manera especial a ambos por igual: su talante ambivalente. En efecto, si por momentos o en ciertos aspectos ésta se manifiesta como un cuerpo rebosante de movimiento, por otros, anuncia

un peligroso estancamiento. Al mismo tiempo que abre a los hombres un campo infinito de posibilidades y les infunde el deseo por la autonomía intelectual, limita sus fuerzas y los conduce imperceptiblemente hacia nuevas formas de servidumbre. Supone, en fin, un proceso de mayor independencia entre los individuos, a la vez que da lugar al nacimiento de una sociedad de masas en la que la libertad individual se ve amenazada. Descifrar estas paradojas y alertar a sus contemporáneos sobre los peligros que avizoraban constituyó, pues, el principal desafío en torno al cual estructuraron su reflexión política.

El trabajo se encuentra dividido en dos partes. La primera, de carácter introductorio, reúne un doble objetivo: acercar una breve semblanza de los dos rostros con los que la democracia decimonónica se presentó a ambos pensadores y examinar diversas explicaciones sobre la presencia de sendas imágenes en sus obras. En la segunda parte, en cambio, el análisis se circunscribe a una problemática más acotada: la paradójica relación establecida entre los individuos y la masa en tiempos democráticos. La propuesta consiste en reconstruir, en una suerte de conversación imaginaria, el diagnóstico al que arribaron Mill y Tocqueville sobre esta particular dimensión de la sociedad moderna y precisar, de este modo, las raíces e implicancias del mismo.

II. Dos rostros posibles de la democracia

De acuerdo con lo apuntado en sus grandes obras, sus contribuciones periódicas y su correspondencia privada, es posible constatar que la sociedad democrática –al igual que el dios Jano– ofrece para nuestros autores al menos dos rostros diferentes. Una de las posibles semblanzas incluiría entre sus notas salientes los siguientes componentes: en primer lugar, un estado social signado por la difusión de la propiedad y la consecuente nivelación de las fortunas, factores que explicarían la emergencia de una poderosa y creciente clase media. En segundo lugar, un refinamiento y dulcificación de las costumbres, cuyos efectos pueden ser percibidos prácticamente en todos los

ámbitos de la vida. No sólo las relaciones entre los individuos parecen tornarse más pacíficas en los tiempos democráticos, sino que también el espectáculo del dolor, incluso la mera idea del mismo, se aleja progresivamente de la vista de los hombres (Mill, 1977b: 130).

El modo en que éstos se vinculan entre sí también se ve modificado. En el ámbito familiar, ejemplifica Tocqueville, “las relaciones entre el padre y el hijo se hacen más íntimas y benignas, (...) la confianza y el afecto suelen ser mayores, y (...) el lazo natural se hace más apretado” (2006b: 249). Algo similar ocurre entre el señor y sus criados, porque, como suscribe el inglés, “en el mundo moderno, el mando y la obediencia se transforman en hechos excepcionales, mientras que la asociación igualitaria se convierte en la regla general” (1984: 294).

En tercer lugar, una percepción más clara y viva del sentido de la semejanza que hermana a los hombres y los lleva a reconocerse como integrantes de una misma humanidad. Dicha sensación hace posible el desarrollo de la verdadera simpatía social y, cuando se une al interés personal bien entendido, promueve el hábito de la cooperación.⁴ Un hábito, por lo demás, en el que a los ojos de Mill, los individuos se habían ido entrenando con el avance de la civilización y la división del trabajo (1977b: 123-124).

En cuarto lugar, la defensa de la libertad entendida no como el goce de un privilegio, sino como el derecho imprescriptible que cada hombre trae consigo desde su nacimiento “a vivir independiente de sus semejantes en todo aquello que solo está relacionado consigo mismo, y a disponer como le parezca de su propio destino” (Tocqueville, 1989a: 38; Mill, 1977d: 226). En efecto, la difusión de la inteligencia, de la educación elemental y de la lectura entre una población que se concentra cada vez más en los núcleos urbanos y se acostumbra a examinar y someter a discusión todos los temas importantes, forja individuos celosos de su autonomía. Individuos que “no reconocen a nadie una grandeza o una superioridad indiscutibles [sino] que vuelven siempre a su razón, como la fuente más visible y próxima de la verdad” (Tocqueville, 2006b: 14). Esta disposición, que A. Jardín ha catalogado de “cartesianismo inconsciente” (1997: 205), se manifiesta en el ámbito intelectual, moral, religioso e incluso político. En las sociedades

democráticas, los hombres parecen decididos a quitarle la autoridad a quienes no la merecen, puesto que no hay institución ni premisa que esté exenta de revisión (Mill, 1977e: 508).

Por último, y en estrecha relación con el punto anterior, la democracia supone individuos “cada vez más reacios a ser gobernados y dirigidos por la mera autoridad y el prestigio de sus superiores”. En palabras de Mill, tarde o temprano, estos hombres “requerirán que su conducta y su condición sea en lo esencial auto-gobernada” (1965: 764-765).

Ahora bien, junto con esta descripción (ciertamente elogiosa), los escritos de Mill y de Tocqueville también acercan un retrato más bien sombrío de la democracia. En él, la sociedad se revela envejecida y apática; privada de pasiones elevadas (entre ellas, las políticas); compuesta por hombres pusilánimes, débiles y desorientados (cuya energía de carácter se circunscribe a la búsqueda del bienestar material y cuyos intereses y ambiciones se han vuelto mediocres y uniformes); viciada, en fin, por una novedosa enfermedad: el individualismo. Son varias y recurrentes las oportunidades en las que estos autores denuncian, en términos muy similares, estos rasgos que contrastan con los mencionados anteriormente. Afirman que esta sociedad adormecida, estancada e inmóvil, se ofrece como un escenario propicio para el advenimiento de nuevas formas de opresión. Incluso, de un tipo de opresión que no se ejerce únicamente desde el Estado, sino también desde la misma sociedad sobre los individuos que la componen. A esta última la llamaron “tiranía de la opinión”.

¿Cómo se explica la distancia que media entre una imagen y la otra? En una primera aproximación podría inferirse que esta distancia responde al proceso de maduración que el pensamiento de todo autor va registrando con el paso del tiempo. Así, el primer cuadro habría sido esbozado por dos jóvenes entusiastas que albergaban ambiciones políticas y anhelos reformistas, mientras que el segundo habría sido delineado en una etapa de madurez, en la que el escepticismo y la desesperanza habrían teñido la mirada de estos observadores. Amén del grado de optimismo o pesimismo con el que cada uno ha sido identificado, lo cierto es que un examen detallado que recorra toda su producción escrita demuestra rápidamente que esta

observación carece de sustento. Tan sólo a título ilustrativo, cabe destacar una carta enviada por Tocqueville a su compañero de viajes, G. de Beaumont a comienzos de 1855. En ella el francés repasa las ideas mantenidas a lo largo de su vida y reconoce abiertamente que se habla mucho sobre las ilusiones de la juventud y las desilusiones de la madurez, pero que él no ha notado tal cambio en su experiencia personal: “Todos los vicios y las debilidades de los hombres saltaron frente a mis ojos desde el comienzo –afirma sin reparos–, y en cuanto a las buenas cualidades que encontré en ellos, no puedo decir que no las he encontrado casi las mismas desde entonces” (2003: 1126).

Una segunda alternativa sería vincular, en el caso de Tocqueville, la primera pintura exclusivamente con el volumen de 1835 y la segunda con el de 1840, atribuyendo una a las impresiones que éste recogió en su viaje por América y la otra, a la realidad que observó posteriormente en el suelo francés. Esta lectura, demasiado simplificada, implicaría asociar la primera de las imágenes con una sociedad democrática exenta de la impronta revolucionaria y la segunda, con una que aún experimentaba en su seno los efectos de la Revolución. En línea con este argumento, los peligros aquí denunciados no serían constitutivos de la naturaleza de la democracia sino, más bien, obstáculos transitorios ligados a circunstancias históricas y sociales particulares, y por ende, destinados a ser superados. Desde esta perspectiva, América vendría a representar el *verdadero* rostro de la democracia y Francia, su estadio juvenil.

Si bien algunos pasajes de su obra podrían abonar esta hipótesis, es preciso reconocer que en varias ocasiones el mismo Tocqueville supo advertir que no se trataba tan sólo de dos instancias sucesivas, de dos “momentos” por los cuales la sociedad democrática estaba llamada a transitar. Dicho en otros términos, no hay dos cuadros consecutivos sino una sola realidad compleja y multifacética. Tanto el primer “rostro” como el segundo hunden sus raíces en el impulso igualitario. En su opinión, es la misma igualdad la que origina en los hombres tendencias contrapuestas que ellos buscan satisfacer de manera simultánea. Es ella la que “inflama sus deseos pero limita sus fuerzas” (2006b: 335). Es ella la responsable tanto de la

benignidad como del aislamiento y la debilidad que los caracteriza (2006b: 214, 412; 2003: 1178). De modo que, en última instancia, ambas facetas portan genuinas credenciales democráticas. En todo caso, lo que se debe intentar, con la indispensable asistencia de ciertos remedios artificiales, es evitar que su rostro más sombrío termine imponiéndose sobre aquel más luminoso.

Ésta fue la conclusión a la que también arribó Mill, aunque sus variables de análisis no fueron las mismas que las de Tocqueville. En primer lugar, hay que recordar que en sus primeros textos los rasgos disonantes de la sociedad moderna aparecen interpretados más bien como corolarios de un período de transición que, como tal, sería eventualmente traspuesto. Como afirma A. Robson, en la primera mitad del siglo se asiste a una “fuerte percepción de lo temporario” (1986: xliii), sensación de la que todos los grandes pensadores contemporáneos a Mill se hicieron eco. Puntualmente, él confiesa en su correspondencia con G. d’ Eichthal⁵ y en su *Autobiography* (1981: 173) que fue de los saint-simonianos y de Comte de quienes tomó la idea de que la historia de la civilización estaba marcada por períodos orgánicos o naturales y períodos inorgánicos o de transición. Los seis artículos reunidos bajo el título “The Spirit of the Age” (publicados entre enero y mayo de 1831 en el semanario *Examiner*) dan cuenta de este primer enfoque, que con el tiempo se fue diluyendo.⁶ Por otra parte, debe señalarse que la confrontación entre los efectos propios de la Revolución y aquellos atribuibles al imperio de la igualdad no constituye una preocupación central para el inglés. Su reflexión, en cambio, parte de las consecuencias reportadas tras el avance de la civilización, proceso en el que tanto Francia como Inglaterra y América se hallaban envueltas. A su entender, la civilización en su conjunto debía ser considerada como un bien y como la “causa de mucho bien”, antes que como un fenómeno incompatible con él. De todos modos, admite que existe “otro bien, un bien más alto, que la civilización [en sentido restringido] no asegura, y parte del cual tiene una tendencia a impedir” (1977b: 119).⁷ En otras palabras, el avance de la civilización es en sí mismo un fenómeno ambivalente en el que anidan los dos rostros mencionados más arriba. Asumido este presupuesto, Mill considera imperativo

fortalecer determinadas contra-tendencias para encaminar la sociedad hacia el verdadero progreso.

En síntesis, el carácter paradójico de la sociedad moderna o democrática constituye una de las claves analíticas que recorre las obras de nuestros autores y que, a su vez, enmarca y explica sus propuestas. A fin de iluminar este aspecto de su pensamiento, en el siguiente punto se examina una de esas paradojas, quizás la más llamativa: individuos celosos de su autonomía y de la libertad conseguida gracias al concurso de varias generaciones que parecen encaminarse nuevamente hacia la servidumbre.

III. Individuos perdidos y débiles frente a una naciente sociedad de masas

En 1836 Mill publicó un artículo titulado “Civilization” en el que señala como la consecuencia más importante del avance de la civilización el hecho de que “el poder [hubiera pasado] de los individuos a las masas, y [que] el peso y la importancia de un individuo, en comparación con el de las masas, se [hubiera hundido] en una mayor y mayor insignificancia” (1977b:121). Un hecho sin precedentes y que, hasta el momento, había recibido poca atención. Lo mismo observa Tocqueville en 1840, aunque él lo atribuye al avance de la igualdad. En las naciones democráticas –comenta– “la sociedad es más activa y más fuerte, y el individuo, más subordinado y más débil. La una puede más, y el otro menos; esto es forzoso” (2006b: 410).⁸ De modo que el crecimiento de la masa, ocurrido gracias al concurso de tres vectores principales, la difusión de la propiedad, la difusión de la inteligencia y el progreso en la capacidad de cooperación, tiene como contrapartida la pérdida de visibilidad de los individuos tomados aisladamente. En efecto, tanto en “Civilization” (1977b: 132) como en *On Liberty* (1977d: 268) Mill sentencia: “los individuos están *perdidos* en la multitud”. Si el hombre se coloca frente al conjunto de la sociedad y se compara con ella –observa por su parte Tocqueville– de pronto “le abruma su propia insignificancia y su desvalimiento” (2006b:22). En un estado social

democrático “los individuos parecen más pequeños y la sociedad más grande, o mejor dicho, cada ciudadano, ya equiparado a todos los demás, se pierde en la masa, y no se percibe ya sino la vasta y magnífica imagen del pueblo mismo” (2006b: 372).⁹

Como puede verse, en este diagnóstico compartido dos cualidades aparecen subrayadas: la desorientación y la debilidad de los individuos.¹⁰ En repetidas oportunidades ambos denuncian que estos hombres, perdidos y desorientados, equivocan su verdadero interés, se dejan llevar por ilusiones y abrazan verdades parciales que les velan, o al menos nublan, el resultado final de sus acciones. De manera más o menos consciente, se separan de los demás ciudadanos, dejan de preocuparse por la cosa pública y optan por el retraimiento. Es decir, transitan el camino que los lleva al individualismo, y eventualmente, también al despotismo. Pero además, estos mismos individuos, al compararse con la masa, también experimentan su propia debilidad y pequeñez, sensación que hace surgir en ellos la necesidad de ser conducidos, y que, imperceptiblemente, abre las puertas a la irrupción de un nuevo “amo”.¹¹ Ambas alternativas conducen, así, a un mismo horizonte.

Según Tocqueville es la igualdad la que tiende a separar a los hombres entre sí, es su imperio el que explica la progresiva distensión del lazo social (2006b: 252).¹² La rígida jerarquía bajo la cual se estructuraban las sociedades aristocráticas permitía, al menos, que cada hombre descubriera entre los miembros de su misma clase una suerte de pequeña patria que lo contenía y cuyos derechos debía defender. “Cada uno se encontraba allí como en un teatro, muy pequeño ciertamente, pero con mucha luz, y ante un público, siempre el mismo y siempre dispuesto a aplaudirle o a silbarle” (1989b: 137-138). Asimismo, la experiencia que cada individuo tenía de sentir sobre sí la presencia de otro hombre que le brindaba protección y, por debajo, a uno cuyo servicio podía reclamar, lo invitaba permanentemente a “salirse de sí mismo”, a pensarse siempre en relación con otros. Sin quererlo, al romper esta “larga cadena” que simbólicamente unía a todos los miembros de una comunidad (desde el último de los campesinos hasta la máxima autoridad), la igualdad lleva a que los hombres se miren como

“extraños entre sí”, se encierren progresivamente “en la soledad de su propio corazón” y “actúen como si estuvieran solos en el mundo” (2006b: 130, 2010: 883, nota e).

Desde la perspectiva milliana, la debilidad y el aislamiento de los individuos no se explican de manera exclusiva por la preeminencia de la igualdad. En su reseña sobre el segundo volumen de la *Démocratie*, Mill argumenta que no hay una nación en la que la insignificancia de los individuos sea más evidente que en la Inglaterra aristocrática. El problema no pasa, pues, por el hecho de que los individuos que componen la masa sean iguales, sino porque la masa misma ha adoptado un tamaño muy grande y ha aprendido a actuar de manera simultánea. Ésta es la razón por la cual cada individuo –tomado aisladamente– es impotente frente a ella. Por lo mismo, entiende que resulta muy difícil esperar que una persona pueda desarrollar un sentimiento vivo y verdadero de patriotismo cuando no se encuentra envuelta de ninguna forma en la responsabilidad de los asuntos públicos y no espera ejercer “más que una mínima influencia sobre ellos” (1977c: 182).

Amén de estas diferencias, para ambos se trataba de un peligro real y no sólo potencial, que afectaba principalmente a Francia y, para Mill, también a Inglaterra.

Individuos desorientados, ciudadanos cobardes: abono del despotismo

En la pluma de Tocqueville esta “enfermedad” de la democracia es identificada con un término muy en boga durante las primeras décadas del siglo XIX: el individualismo.¹³ Tenemos registro de la preocupación del francés por esta “funesta inclinación” desde comienzos de 1833.¹⁴ Si bien es cierto que en la *Democracia* de 1835 aún no figura el vocablo, allí se ofrece una descripción muy ilustrativa del peligro que comienza a percibirse por entonces en Francia. A pesar de su extensión, vale la pena reproducir el pasaje de manera completa:

Existen naciones en Europa donde el habitante se considera a sí mismo como una especie de colono indiferente al destino del país en que habita.

Los mayores cambios sobrevienen en tales países sin su intervención (...). La riqueza de su pueblo, la vigilancia de su calle, el estado de su iglesia y de su presbiterio no le conmueven; piensa que todas esas cosas no le atañen en modo alguno, y que afectan a un extraño poderoso que se llama gobierno. Piensa que goza de esos bienes en usufructo, sin los intereses del propietario ni idea alguna de mejora. Este desinterés por sí mismo va tan lejos que si su propia seguridad o la de sus hijos llega a verse en peligro, en lugar de intentar alejarlo, se cruza de brazos esperando que la nación entera acuda en su ayuda. A este hombre, por lo demás, aunque haya hecho tan completo sacrificio de su libre albedrío, tampoco le gusta obedecer. Se somete, cierto es, al capricho de un empleado, pero se complace en desafiar la ley, como hace un enemigo derrotado tan pronto como la fuerza de ocupación se retira. Por eso le vemos siempre oscilar entre la servidumbre y el libertinaje (2006a: 147-148).¹⁵

La imagen de estos hombres indiferentes al destino de la comunidad en la que habitan, celosos defensores de sus derechos pero ignorantes de sus deberes, vuelve a atormentarlo durante el verano de 1838. En su correspondencia con P. Royer-Collard, Tocqueville se queja del carácter predominante de los hombres que pueblan su comarca. Reconoce en ellos su honestidad, su inteligencia, su amor al orden y su religiosidad, pero critica con dureza su egoísmo, al que describe como “un amor suave, apacible y tenaz por [los] intereses particulares, que absorbe poco a poco todos los sentimientos [del] corazón y agota casi todas las fuentes del entusiasmo”. En síntesis, lo que observa son “hombres honestos pero pobres ciudadanos” (2003: 416-417).¹⁶

Gracias al minucioso estudio realizado por Schleifer (1980: 313), sabemos que la primera vez que Tocqueville utilizó el novedoso término fue en abril de 1837.¹⁷ Éste aparece en los borradores del pasaje final del capítulo dedicado a analizar el método filosófico de los americanos (2010: 709-710, nota u). En un primer momento el autor había querido comenzar su segundo volumen presentando justamente este fenómeno, pero, probablemente por sugerencia de su primo L. Kergorlay (2010: 697-968, nota a), el

orden de los capítulos fue modificado y el problema del individualismo quedó relegado a la segunda parte del volumen de 1840. Es allí donde propone su conocida distinción entre el *egoísmo*, inclinación antigua entre los hombres que nace de un “instinto ciego”, y el moderno *individualismo*, sentimiento reflexivo que se origina en defectos del espíritu y en vicios de la afectividad (2006b: 128-129).

Lo que en el 1835 aparecía de cuando en cuando entre los americanos como una “mancha grosera” (2006a: 145) que desentonaba con el paisaje general, es calificado ahora como “la enfermedad del siglo” (2003: 505).¹⁸ Tal como apunta J. C. Lamberti, Tocqueville concibe al individualismo como un fenómeno sociopolítico propio de la naturaleza del ciudadano en los tiempos democráticos y, como tal, lo distingue del egoísmo, al que entiende como un defecto de la naturaleza humana en general (1976: 20). Sin embargo, él mismo concede que *a la larga* aquél termina favoreciendo al egoísmo.¹⁹ Los frutos que se derivan de este “juicio erróneo” son denunciados también en su discurso de recepción ante la Academia Francesa en 1842 (1866c: 11-15) y constituyen una fuente de preocupación constante hasta sus últimos días.²⁰

Cabe considerar, a continuación, en qué ocasiones se valió Mill de este término y con qué fenómenos lo asoció. En un artículo dedicado al análisis del individualismo en la primera mitad del siglo XIX, K. Stewart destaca la resistencia que encontró el mencionado neologismo en las tierras inglesas y americanas. No se lo encuentra en los escritos de Bentham, ni de Spencer, ni de Carlyle (1962: 77-90). Según Lukes, la expresión aparece por primera vez en la traducción que H. Reeve realiza del segundo volumen de la obra de Tocqueville (1971: 63). Hayek agrega que, en una nota a pie, el traductor se disculpa por haberse valido de un término de origen francés pero, en su defensa, explica que no ha encontrado ninguna palabra inglesa que fuera su equivalente (1986: 5, nota 5). En el caso de Mill, éste utiliza la voz “individualismo” en contadas ocasiones y cuando lo hace, se apoya más bien en la acepción peyorativa que los socialistas le habían dado. El objeto de sus críticas apuntaba al nuevo orden fundado sobre la doctrina económica del *laissez-faire* y a los males que se derivaban de la

competencia capitalista. Para ellos, la manifestación más visible del individualismo no estaba precisamente en Francia, sino en su vecina insular, en la que el fenómeno de la alienación y de la explotación del hombre por el hombre comenzaba a hacerse sentir.

En 1851 Mill publicó una reseña sobre las “Newman’s Lectures on Political Economy” en la que, a diferencia del *fellow* del Balliol College, suscribe a las objeciones morales que el socialismo lanzaba al “individualismo”. En sintonía con aquellos, denuncia que el individualismo existente tiende a armar a los hombres uno contra otro, les hace creer que el bien de uno depende del mal del otro y los lleva a mirarse como enemigos mutuos (1976a: 442). Hacia 1869, con ocasión de su estudio sobre esa corriente de pensamiento, reitera esta idea y precisa en qué consiste el principio del individualismo: “Competencia, cada uno por sí mismo y en contra del resto. Está fundado en la oposición de intereses, no en su armonía, y bajo él todos deben encontrar su lugar a través de la lucha, empujando a los otros o siendo empujados” (1967: 715). Los resultados de este estado de guerra, no son otros que la envidia, el odio, y la falta de solidaridad.

En función de los ejemplos señalados es posible notar que, cuando Mill se refiere al “individualismo”, lo hace desde una perspectiva diferente a la de su par francés. En lugar de asociarlo a un fenómeno de aislamiento y de apatía cívica, lo vincula más bien a una disposición activa que enfrenta a los hombres entre sí. Ni siquiera con ocasión de la reseña de la *Democracia* de 1840 se aviene a utilizar esta expresión en el sentido en el que Tocqueville lo hace.²¹ No obstante, esta resistencia no debe interpretarse necesariamente como un síntoma de disenso u oposición por parte de Mill. Tal vez ella se explique por el fuerte impacto que el socialismo tuvo en su desarrollo intelectual y el continuo interés que manifestó a lo largo de su vida por la “economía política”. De todas formas, dejando de lado el aspecto semántico, se advierte en el conjunto de su producción que el fenómeno del aislamiento y la falta de espíritu público constituyó, sin duda, una de sus preocupaciones permanentes. Valgan tan solo como ejemplo las siguientes citas: “Los miembros de una comunidad democrática son como la arena de la orilla del mar, cada uno muy diminuto y nadie adhiriendo a nadie”

(Mill, 1977c: 182), o bien: “el individuo o la familia absorben todo pensamiento y todo sentimiento de interés o de deber. (...) El prójimo aparece sólo como un rival y en caso necesario como una víctima. No siendo el vecino ni un aliado ni un asociado, no se ve en él más que a un competidor. Con esto se extingue la moralidad pública y se resiente la privada” (Mill, 1977e: 412).

En resumidas cuentas, y volviendo al punto de partida, lo que nuestros autores detectaron es que detrás de la alternativa del retraimiento se esconde la ilusión de una completa auto-suficiencia, la creencia de que los hombres pueden satisfacer sus intereses particulares al margen del interés y el orden público, que pueden gozar de su libertad individual y olvidarse del ejercicio de sus deberes cívicos.²² En el origen del individualismo se encuentra, así, una idea inadecuada (o al menos limitada) de la libertad.²³

Ahora bien, conjuntamente con este “defecto del espíritu”, el individualismo también se nutre de ciertos “vicios de la afectividad” (Tocqueville, 2006b: 128).²⁴ Uno de ellos es la pasión desmedida por el dinero y el bienestar material, pasión que “arrastra y domina todas las demás”,²⁵ apaga de antemano el ardor con el que persiguen los intereses más altos (Tocqueville, 2006b: 324-325) y conlleva a una relajación de la energía individual, o más exactamente, circunscribe la misma a una esfera muy reducida (Mill, 1977b: 129). A su lado, se asoman el descontento y el descrédito frente a una vida política signada por el engaño, la corrupción y la ausencia de hombres capacitados para la función pública. En una carta dirigida a Royer Collard en septiembre de 1842, Tocqueville reconoce que –en algún punto– el desinterés de sus contemporáneos y su aislamiento se explican porque éstos no “perciben nada fuera que les atraiga y los fije. Se toman a sí mismos por sujeto de sus pensamientos y de sus acciones, por falta de algo mejor” (1970: 112). Cuatro años más tarde, admite a su compañero de viajes, G. de Beaumont, que la creencia generalizada de que la vida política no es más que “un juego en el que las personas buscan sólo ganar; (...) que no tiene nada de serio sino que es el medio en el que imperan las ambiciones personales”, es una de las causas de la profunda indiferencia en la que Francia se encuentra sumergida. Este descrédito hace que se perciba como

“una especie de engaño, casi de tontería y de vergüenza el apasionarse por un juego que carece de realidad y por unos jefes políticos que son sólo actores, que ni siquiera están interesados en el éxito de la obra, sino únicamente en su rol particular” (2003: 577). Lo mismo observa Mill desde Inglaterra (1985d: 326; 1986b: 278; 1986c: 725), para quien este malestar no logra operar como un incentivo suficiente para que los individuos se embarquen detrás de los cambios necesarios porque en ellos se ha ido extendiendo un tipo de carácter predominantemente “pasivo” que conduce más bien a la molicie, la envidia y la nivelación hacia abajo.²⁶

A este cuadro se suman, en el caso particular de Francia, tanto la decepción y el cansancio generado tras la experiencia de sucesivas revoluciones y sus promesas incumplidas, como el miedo al desorden y la anarquía. Estos sentimientos sesgan la memoria de los hombres y los conducen a un estado de somnolencia o aletargamiento (Roldán, 2005: 175). De modo que si sus intelectos los engañan al ocultarles una dimensión importante de su interés, la realidad que los circunda les inspira sentimientos que justifican y fortalecen la opción por el retraimiento. Como sostiene J. Elster, ellos sufren de un déficit motivacional y cognitivo (2009: 144), adolecen de una percepción clara del porvenir y de los hábitos necesarios para mantener la libertad con los esfuerzos que ello implica.

Las consecuencias que se derivan de semejante estado son fácilmente deducibles. Mill y Tocqueville advirtieron que un pueblo adormecido por las causas señaladas es presa fácil de despotismo: “Al no querer pensar en la cosa pública los ciudadanos y al no existir ya la clase que podría encargarse de esta tarea para llenar sus ocios, se produce un vacío en el gobierno. Si en ese momento crítico un hombre ambicioso y astuto se adueña del poder, encuentra libre el camino para todas las usurpaciones” (Tocqueville, 2006b: 180).²⁷ Para Mill esta posibilidad se acrecienta aún más cuando, como sucedía entre los franceses, “la pasión por gobernar a otros es más fuerte que el deseo de la independencia personal, [y] por la mera sombra de una se encuentran listos para sacrificar la totalidad de la otra” (1977e: 420).²⁸

El despotismo podía adoptar un ropaje “tradicional”, y materializarse en la figura de un hombre que acumula en sus manos la suma del poder

político o bien, podía presentarse bajo un rostro “benigno” y operar al modo de un tutor encargado de velar por los intereses y la felicidad del pueblo. En su versión “moderna” este tipo de tiranía detentaría un poder hasta entonces desconocido.²⁹

Así como el aislamiento de los individuos favorece el avance del despotismo, éste a su vez, “alza barreras entre ellos y les separa”. Según Tocqueville, la igualdad “les predispone a no ocuparse de sus semejantes, y éste viene a hacer de la indiferencia una especie de virtud pública” (2006b:133).³⁰ Algo semejante plantea Mill en sus *Considerations on Representative Government*, al advertir que detrás de un gobierno absoluto se encuentra una masa de hombres mentalmente pasivos, que no ejercen su voluntad en los asuntos colectivos y donde “todo es decidido por ellos por una voluntad que no es la suya”(1977e: 400).³¹ Se trata, entonces, de fenómenos que de alguna manera se retroalimentan y que, peor aún, suponen un estado de servidumbre al que la misma sociedad se encamina voluntariamente: “Esta vez –preconiza el francés– los bárbaros no vendrán del helado Norte. Ellos están surgiendo desde el corazón de nuestros campos y del medio mismo de nuestras ciudades” (2010: 414, nota o). La alusión a la caída del Imperio Romano aparece tanto en Tocqueville como en Mill, y en ambos casos, remite a las lecciones históricas acercadas por Guizot.³²

En suma, individuos tan independientes como débiles, perdidos en la multitud, se consuelan creyendo que conservan su libertad por el mero hecho de que son ellos quienes eligen a sus gobernantes (Tocqueville, 2006b: 406). Gozan de un orden y una tranquilidad que son sólo aparentes. Pero ésta no es la única dimensión en la que es posible visualizar la relación entre los individuos y la masa en las sociedades modernas. Lo que ocurre en el ámbito político tiene su correlato en el ámbito intelectual. Los mismos hombres que están dispuestos a pensar por sí mismos y desconfían de cualquier tipo de autoridad, terminan sometándose pasivamente a los dictámenes de la opinión mayoritaria.³³ Como reza uno de los *leit-motiv* del siglo XIX –repetido por Tocqueville (2006b: 20) y por Mill (1977d: 268)– la opinión pública, la opinión de la masa, “domina al mundo” e introduce en las sociedades una nueva forma de opresión, no ya de corte político sino social.

Debilidad individual y tiranía de la opinión

Durante su estadía en América, Tocqueville había tenido oportunidad de observar que el poder que ejerce la mayoría sobre el terreno del pensamiento en una sociedad democrática es mucho más fuerte, absoluto y peligroso que cualquier otra forma de opresión conocida. Según consta en su diario de viajes, fueron las conversaciones mantenidas con Stewart en noviembre de 1831 las que sembraron en él la inquietud por esta manera inédita en la que la mayoría podía hacerse sentir (1865: 288-289). El viajero francés abordó su análisis en ambos tomos de la *Démocratie* y, aunque de manera colateral, también se refirió a ella su obra sobre el Antiguo Régimen.

Como se dijo, estas ideas despertaron un fuerte interés en Mill, quien, durante su viaje a Italia en 1854 escribió a Harriet Taylor anticipándole su decisión de publicar un libro en defensa de la libertad moral, social y religiosa. Una tarea que consideraba inaplazable en una época en la que las opiniones tendían a cercenar la misma libertad y en la que la mayoría de los proyectos de reforma social, sobre todo aquel auspiciado por Comte, eran a sus ojos, “liberticidas” (1972b: 295). Es bien sabido que el objetivo perseguido en *On Liberty*, uno de los libros que redactó y revisó con el mayor de los cuidados, fue precisar justamente “la naturaleza y los límites del poder que puede ser ejercido legítimamente por la sociedad sobre el individuo” (1977d: 217). Es en este “pequeño ensayo” (así solía llamarlo) donde aparece la famosa expresión “tiranía de la opinión”.³⁴

Las voces de ambos autores suenan al unísono cuando se trata de describir el modo en que ella opera. Así como el despotismo “administrativo” no mata ni atormenta, la opinión pública tampoco ataca al cuerpo sino que “va derecho al alma” y la esclaviza (Tocqueville, 2006a: 370; Mill, 1977d: 220). Transmuta la violencia física por una “tan intelectual como la voluntad humana a la que pretende sojuzgar” (Tocqueville, 2006a: 370). Según Tocqueville, la mayoría se convierte en un “profeta” (2010: 720, nota p), al que se sigue sin razonar, cuyas sentencias son aceptadas sin discusión por individuos que –al decir de Mill– no encuentran “alternativas de escape” (1977d: 323), un “centro de resistencia” (1985c: 108) o un “poder rival”

(1965: 940) al cual acudir en busca de apoyo y refugio.³⁵ Si bien no condena a nadie a la hoguera, la presión que ejerce sobre los espíritus es tan grande que nadie se atreve a contradecirla por temor a verse excluido. De ahí que todos aquellos que profesan “opiniones heréticas”, ideas contrarias a las avaladas por el favor público, optan por el silencio, las ocultan, disfrazan, o tan sólo se abstienen de difundirlas activamente.

Por lo demás, no debe olvidarse que si la masa ha adquirido tal influjo sobre los hombres es porque el carácter de los mismos también se encuentra profundamente debilitado. Al igual que en el caso del despotismo de tipo administrativo, el que ejerce la opinión pública no podría darse de no existir cierto grado de “complicidad” o aceptación por parte de los “sometidos”. Mill había afirmado en 1836 que sus contemporáneos carecían de heroísmo, una cualidad activa y no pasiva, y se hallaban incapacitados para “afrontar cualquier trabajo, (...), aguantar el ridículo, (...) desafiar las malas lenguas, (...) o decir con intrepidez algo desagradable a alguien a quien estaban acostumbrados a ver” (1977b: 131). Así, el temor al ostracismo social refuerza el poder y la ascendencia de la masa y lleva a que los focos disidentes queden confinados al aislamiento y la impotencia.³⁶ Este accionar conduce, en definitiva, al “sacrificio del coraje moral del espíritu humano” (Mill, 1977d: 242).

Al acallar las disidencias, la tiranía de la opinión ahoga la fuente misma de la genuina discusión, herramienta fundamental para mantener vivo el pensamiento y evitar que las verdades se estanquen y mueran. Cuando la razón se ve intimidada, se detiene el desarrollo intelectual, prevalecen los prejuicios y las verdades parciales.³⁷ Así, las grandes cuestiones se convierten en objeto de lucha entre “el cambio ignorante y la oposición ignorante al cambio”, tal como sugiere Mill en sus inconclusos *Chapters on Socialism* (1976b: 708). Tocqueville también confiesa hacia fines de 1850 que siente una terrible angustia al comprobar que “el movimiento del pensamiento está como paralizado” (2003: 706).

Para ambos éste era un panorama novedoso. Durante el Antiguo Régimen, “el arte de ahogar el ruido de todas las resistencias estaba entonces mucho menos perfeccionado que hoy –recuerda Tocqueville. Francia no

era aún el lugar sordo en que ahora vivimos; era, por el contrario, bien sonoro” (1989b: 138). Ese ruido estaba dado por la multitud de intereses, gustos y opiniones que cada individuo y cada grupo gustosamente defendía. Pero si los tiempos aristocráticos permitían e incluso alentaban la diversidad, la democracia parece propiciar la uniformidad. En efecto, como afirma hacia 1840, “la variedad desaparece de la especie humana” (2006b: 293),³⁸ porque “lejos de querer preservar aquello que todavía puede hacer a cada uno diferente,[los hombres democráticos] piden tan solo perder esa singularidad para mezclarse en la masa común” (2010: 1179, nota 2). En Inglaterra, por ejemplo, Mill constata que la mayoría “lee los mismos libros, escucha las mismas cosas, ve las mismas cosas, va a los mismos lugares, tiene sus deseos y sus miedos dirigidos a los mismos objetos, tiene los mismos derechos y libertades y las mismas maneras de hacerlos valer” (1977d: 274). Atrás quedaron, entonces, las épocas en que las grandes luminarias se destacaban e incentivaban en otros la aspiración por la originalidad. En vistas de este espectáculo, comparte a su amigo T. Carlyle la desolación que le provoca estar frente a un mundo que se encamina hacia la nivelación de espíritus mediocres y le escribe: “A veces pienso que en lugar de montañas y valles, el dominio del intelecto está por convertirse en una llanura muerta, nada muy por encima del nivel general, nada muy debajo suyo”.³⁹

Para nuestros autores, un mundo signado por la homogeneidad camina hacia el estancamiento y la inmovilidad. Es cierto, admite Mill, que la tiranía que las masas pueden ejercer sobre el individuo no excluye enteramente la posibilidad del cambio. Éste se acepta a condición de que “*todos cambien al mismo tiempo*”. “Ya no nos vestimos como nuestros antepasados –ejemplifica–, cada uno aún debe vestirse como lo hacen los otros, pero la moda cambia una o dos veces al año” (1977d: 273). No es este tipo de movimiento epidérmico y superficial el que se ve sofocado por la nueva forma de opresión, sino uno más profundo, vinculado con el desarrollo moral e intelectual de los hombres. Lo mismo admite Tocqueville, quien escribe en 1840 que su principal temor consiste en que “el desarrollo humano se frene y limite, que el espíritu se atenga y se retenga eternamente a sí

mismo sin producir nuevas; que el hombre se agote en pequeños movimientos solitarios y estériles y que la humanidad, removiéndose sin cesar, no de un paso adelante” (2006b: 336). Este estancamiento moral e intelectual, que se asienta sobre una creciente uniformidad, conspira contra el goce de las libertades individuales y cercena las posibilidades de desarrollo de una genuina autonomía individual.

Mill entiende que ésta es una amenaza que aplica particularmente a Inglaterra. Así lo refiere, por ejemplo, al historiador italiano Pasquale Villari y al alemán Theodor Comperz,⁴⁰ a quienes explica que en comparación con el Continente, la superioridad alcanzada por los ingleses en materia de libertad política no se replicaba en el ámbito intelectual. Y en su opinión, ninguna sociedad podía jactarse de ser libre si en ella no se respetaban, entre otras, la libertad de pensamiento, sentimiento y expresión. Por esta razón, venía insistiendo hacía tiempo sobre la necesidad de dotar a la independencia de pensamiento, palabra y conducta, “con las defensas más poderosas en orden a mantener la originalidad del pensamiento y la individualidad del carácter, que son las únicas fuentes de cualquier progreso real” (1965; 940). *On Liberty* se inscribe, así, dentro de este compromiso largamente sostenido por Mill, y está dirigido en primer término a sus mismos connacionales. Ahora bien, tal como insinúa P. Lawler, esta uniformidad que tanto preocupa nuestros autores sólo se desarrolla cuando no hay capacidad para notar y atribuir significado a la diferencia (1995: 223).⁴¹

En esta línea, Tocqueville vincula la tendencia a la homogeneización y la emergencia de la tiranía de la opinión con el imperio que había alcanzado entre los franceses la pasión por la igualdad. Entre los borradores del capítulo XVII del segundo volumen de la *Démocratie* consigna que, para atreverse a actuar según el propio criterio y seguir el propio camino, es necesario no solamente que los individuos posean sentimientos fuertes e independientes, sino también que sean diferentes entre sí. Para él, estas condiciones sólo se hallan entre los pueblos aristocráticos, entre quienes la “originalidad termina convirtiéndose en una hábito nacional que luego se encuentra entre los individuos de todos los rangos”. Es más, afirma que “no hay ningún hombre que le de mayor importancia al carácter individual

y que acerque la singularidad hacia formas peculiares e incluso extravagantes que el inglés” (2010: 1091-1092, nota d). En este sentido su diagnóstico se contrapone al de Mill y va en línea con el de Samuel Smiles, quien en 1859 publicó una obra llamada *Self-Help, with illustrations of Character and Conduct* en la que se señala como nota distintiva del carácter insular su marcado individualismo (entendido aquí como espíritu de individualidad). Gracias a él los ingleses podían ser considerados como hombres verdaderamente libres. Según K. Swart, fue la confianza en las virtudes de este tipo de individualismo más que el pesimismo expresado en *On Liberty* la que se destacó como la característica distintiva de la auto-evaluación de los mismos ingleses (1962: 87).⁴² En cualquier caso, para Tocqueville el escenario sobre el cual se asentaba el estancamiento moral e intelectual no era Inglaterra sino la Francia democrática. Al primar en ella la pasión igualitaria, los hombres se percibían semejantes y equivalentes, y era esta misma equivalencia la que les confería una “confianza casi ilimitada en el juicio público, ya que no les pare[cía] verosímil que, siendo todos de igual discernimiento, la verdad no se encontrara del lado de la mayoría” (2006b: 21). De modo que si la igualdad suscitaba en los hombres la aspiración por la independencia en el plano intelectual, al mismo tiempo también los inducía “dulcemente” a no pensar por sí mismos (2006b: 23). Un nudo gordiano en versión democrática.

IV. A modo de conclusión

Estas reflexiones forman parte del diagnóstico que Mill y Tocqueville ofrecieron sobre la realidad que los circundaba. Una lectura que, evidentemente, no todos compartieron por entonces. De hecho, parte de la emoción que sintió el inglés tras la lectura de la *Démocratie* se debió al hecho de encontrarse con alguien “verdaderamente observador” que había arribado a ciertas conclusiones que coincidían “exactamente” con aquellas ideas que él mismo venía sosteniendo de manera solitaria en las tierras británicas (Cfr. Mill, 1963b: 433-4 y Tocqueville, 1954: 330).

En efecto, tal como se explicó en el trabajo, el “cruzado solitario” (Colli-
ni, 1991:129) y el político “extranjero al espíritu de partido” (Tocqueville,
2003: 468) avizoraron un horizonte de servidumbre que se cernía sobre
una sociedad compuesta por individuos que se mostraban ansiosos por res-
guardar su autonomía intelectual y su independencia frente al entramado
social, pero que –al mismo tiempo– se reconocían impotentes frente al poder
creciente de la masa y ávidos de ser conducidos. Ofrecían, así, un espectá-
culo de debilidad y desorientación, escenario propicio para el advenimien-
to del despotismo.

En este sentido, cabe observar que ambos pensadores pusieron en evi-
dencia una paradoja que no es privativa del siglo XIX sino que habrá de
caracterizar el desarrollo de la sociedad contemporánea: el refugio del
individualismo (en tanto resultado de un juicio erróneo que abreva de cier-
tos defectos del espíritu y de ciertos vicios de la afectividad) no es sino una
avenida engañosa con una meta asegurada: el cercenamiento de las liber-
tades individuales e incluso, de la libertad política. Lejos de fortalecer al
individuo, el individualismo lo “ablanda”, lo “adormece”, y lo transforma
en un ciudadano pobre, mediocre e indiferente. Es más, su aislamiento es
una de las condiciones que permiten y contribuyen a su sometimiento, sea
que éste se ejerza desde el estado, o bien, desde la misma sociedad.

Amen del pesimismo que en mayor o menor medida pueda respirarse
en sus obras, o del grado de cercanía con la realidad decimonónica que sus
observaciones ofrecen (y cuyo análisis, por demás interesante, excede las
intenciones de este artículo) lo cierto es que ambos asumieron como una
tarea irrenunciable el alertar a sus conciudadanos sobre los peligros que
los amenazaban y que al menos ellos creían ver con claridad. En ese orden,
sus propuestas estuvieron orientadas a incentivar una mayor y mejor com-
binación de los individuos entre sí, al mismo tiempo que defendieron la
necesidad de mantener viva la heterogeneidad social y la existencia de ámbi-
tos desde los cuales fuera posible promover una genuina libertad de pen-
samiento y discusión. Todas ellas, alternativas que siguen estando hoy en
día en el centro de las discusiones políticas y académicas.

- 1 Son reiteradas las oportunidades en las que Tocqueville extiende una invitación a Mill para que lo visite en el Continente, pero tal encuentro nunca llegó a concretarse. Mill realizó varios viajes a Francia (1836, 1839, 1853) y Tocqueville uno más a Inglaterra (hacia 1857). En ninguno de estos casos volvieron a verse.
- 2 Como saldo de la comparación establecida entre la sociedad democrática y la sociedad aristocrática Tocqueville concluye: “Son como dos humanidades distintas, cada una con sus ventajas y sus inconvenientes particulares, con sus bienes y males propios” (2006b: 423).
- 3 Cfr. Mill, 1986a: 231, 245 y 1985a: 17. Véase también Tocqueville, 2006a:43 y la carta enviada por éste a Mill el 4-11-1839 (1954: 327).
- 4 “Cuando las clases son casi iguales en un pueblo—explica Tocqueville—, al pensar y sentir todos los hombres de un modo muy parecido, cada uno de ellos puede juzgar en cualquier momento los sentimientos de los demás: le basta echar una ojeada a sí mismo” (2006b: 213). Entre las notas a este volumen que luego fueron suprimidas Tocqueville anota: “Simpatía, una palabra democrática” (2010: 989, nota f).
- 5 Gustave d’Eichthal, su principal interlocutor con la escuela saint-simoniana, residió en Londres junto con Charles Duveyrier entre 1829 y 1830. Cfr. especialmente las cartas enviadas por Mill el 15-5 y el 8-10-1829 (Mill, 1963a).
- 6 Mill también caracteriza a su época como “transitoria” en la reseña del primer volumen de la *Démocratie* (1977a: 54) y en una carta dirigida a Robert B. Fox el 19-2-1842 (1972b: 564).
- 7 Esta misma idea reaparece en “De Tocqueville On Democracy in America. II” (1977c: 197).
- 8 Unas páginas más adelante reitera: “cada individuo está aislado y desvalido; la sociedad es ágil, previsora y fuerte” (2006b: 421).
- 9 En una carta dirigida a H. Reeve (3-2-1840), Tocqueville comenta que precisamente “el gran peligro de las épocas democráticas es la destrucción o el debilitamiento excesivo de las partes del cuerpo social en presencia del todo. Todo aquello que restablezca en nuestros días la idea del individuo es sano” (2003: 457). Confiesa que ésta es una de sus opiniones centrales en el libro del 40. La imagen de una sociedad compuesta por individuos débiles también está presente en el ensayo de 1836 (1989: 30).
- 10 “El hábito de la desatención debe ser considerado como el mayor vicio del espíritu democrático”—sentencia Tocqueville hacia 1840 (2006b: 286-287). En esa misma obra, unas páginas más adelante, caracteriza a la masa de “indiferente y distraída” (326) y, en uno de sus artículos periodísticos observa también que: “el mundo de nuestros días nos ofrece (...) algunos grandes espectáculos [se está refiriendo a la emancipación de los esclavos] que nos asombrarían si no estuviéramos tan fatigados y distraídos” (1866a: 265).
- 11 “Su independencia le llena de confianza y de orgullo entre sus iguales, y su debilidad le hace sentir de vez en cuando la necesidad de un apoyo exterior que no puede esperar de ninguno de ellos, puesto que todos son incapaces e indiferentes. En tal extremo, vuelven

naturalmente sus miradas hacia esa inmensa entidad que es lo único que sobresale en medio del abatimiento general. Sus necesidades y deseos le llevan una y otra vez a él, y acaba por considerarlo como el sostén único y necesario de la debilidad individual” (Tocqueville, 2006b: 376).

- 12 Es más, su desinterés no recae solamente en el destino de sus coetáneos sino que se extiende incluso a aquellos que los han precedido o quienes los habrán de suceder. “La democracia –dirá Tocqueville– no sólo relega a los antepasados al olvido, sino que le[s] vela sus descendientes y le[s] separa de sus contemporáneos” (Tocqueville, 2006: 130).
- 13 Al igual que el “socialismo” o el “comunismo”, el “individualismo” es una expresión que nace en el siglo XIX y que admite más de una acepción. Antes que el anuncio de una nueva ideología, para P. Rosanvallon (2007: 128-130), su aparición traduce más bien “una inquietud y una perplejidad difusa”, compartida por la mayoría de los pensadores de comienzos de siglo que se hallaban obsesionados con el “espectro de la disolución social”. El término habría asomado por primera vez bajo la pluma de Joseph de Maistre, aunque con una significación más bien filosófica y religiosa antes que sociológica. Para este pensador tradicionalista, el vocablo designaba un estado de fragmentación de las ideas y las mentalidades que se correspondía con el protestantismo político llevado a su extremo.
A comienzos de la década de 1820 la expresión fue utilizada en un sentido positivo por los miembros de la Sociedad de los Individualistas y por el periódico liberal *Le Globe*, pero enseguida cargó sobre sus espaldas con una connotación peyorativa. Los responsables de su difusión fueron los discípulos de Saint-Simon. A través de su principal órgano de comunicación, *Le Producteur*, P. Leroux, P. Enfantin y Laurent, asociaron al individualismo con la filosofía política del siglo XVIII y lo introdujeron como un término clave en las discusiones sobre la desintegración social. “El individualismo –explica Rosanvallon– aparece como la forma social general de lo que se llama competencia en economía y egoísmo en moral” (2007:131). A partir de 1830 se lo encuentra en los escritos de los más destacados pensadores y literatos franceses, tales como Lamartine, Balzac, Sainte-Beuve, Lammenais, Vinet y Béchard. Lo sorprendente es que este fenómeno que a todos preocupa casi no es objeto de análisis precisos. En este sentido, el examen al que Tocqueville somete el término en su segundo volumen de la *Démocratie* –uno de los más “originales” que supo realizar según la apreciación de H. Brogan (2006: 355)– constituye un intento por iluminar esta “sensación general” y develar su verdadera naturaleza. Sobre este punto véase Lukes, 1971: 45-66.
- 14 Cfr. la carta enviada a E. Stöffels el 12-1-1833 en donde Tocqueville escribe: “Hay ahora una tendencia obvia a tratar con indiferencia todas las ideas que pueden remover a la sociedad, sean éstas buenas o malas, nobles o viles. Todos parecen estar de acuerdo en considerar el gobierno del país como algo que es realizado por otros [*sicut res inter alios acta.*] Todos están focalizados más y más en sus intereses individuales. (...) No es un reposo saludable y viril. Es una suerte de sopor apopléjico que, si perdura mucho tiempo, nos llevará inevitablemente a una gran desgracia” (1985: 81).
- 15 Unas páginas más adelante, Tocqueville insinúa que “en determinados países, el habitante acepta con cierta repugnancia los derechos políticos que la ley le concede; le

- parece que se le roba el tiempo haciéndole ocuparse de los intereses comunes, y prefiriere encerrarse en un estrecho egoísmo limitado por cuatro zanjas rematadas por un seto” (353).
- 16 La expresión se encuentra en una carta fechada el 23-6-1838. Ya en el primer volumen de la *Démocratie*, con ocasión de su análisis sobre el espíritu público en los Estados Unidos, Tocqueville anota entre sus borradores: “Cuando un hombre llegó a este punto [desinterés por lo público], lo llamaré, si quieres, un habitante pacífico, un colono honesto, un buen hombre de familia. Estoy dispuesto a todo, salvo que me fuerces a llamarlo ciudadano” (2010: 386-387, nota r).
 - 17 Es cierto, no obstante, que más allá de la expresión exacta, Tocqueville había hablado del “egoísmo individual” en dos ocasiones en el primer volumen (2010: 448, 511, nota e).
 - 18 La expresión aparece en una carta a Barrot, fechada el 19-6-1842. Allí explica que el individualismo lleva a los hombres a “preferir hacer pequeñas cosas por sí mismo que grandes cosas en común” (2003: 505).
 - 19 Quizá la explicación más clara que Tocqueville ofrece sobre este saldo final la encontramos en el discurso pronunciado ante la Cámara el 27-1-1848, en vísperas de la Revolución de Febrero. Allí se pregunta precisamente por qué las costumbres privadas se degradan, a lo que responde: porque las costumbres públicas se alteran. “Es porque la moral no reina más en los actos principales de la vida que ella no desciende hacia los menores. Es porque el interés ha reemplazado en la vida pública los sentimientos desinteresados que el interés se ha convertido en la ley de la vida privada” (1866b: 523-524).
 - 20 Cfr. cartas enviadas por Tocqueville a Rémusat el 22-3-1852 (2003: 1031-1032) y a Mme. de Swetchine el 10-9-1856 (2003: 1211-1212).
 - 21 Lo más cercano a ello se encuentra en un pasaje del segundo capítulo de *Utilitarianism*. Allí Mill habla de una “individualidad miserable”, aquella que hace que los intereses egoístas aparten a algunos hombres de todo sentimiento o cuidado que no se refiera directamente a sus personas. (1985e: 216).
 - 22 “Esas gentes creen seguir la doctrina del interés, pero no se forman de ella sino una idea burda –explica Tocqueville en 1840–, y, para velar mejor por lo que ellos llaman sus asuntos, descuidan el principal, que es el seguir siendo dueños de sí mismos” (2006b: 179).
 - 23 “¡Qué difícil es establecer la libertad solidamente entre un pueblo que ha perdido la práctica de la misma, e incluso la noción correcta de ella!” –se lamenta Tocqueville en una carta dirigida a Beaumont el 27-2-1858 (2003: 1293). Enseguida también agrega: “Carecemos de la noción saludable y alta-elevada de la libertad, pero nos merecemos más de lo que ofrece nuestra suerte presente”. Como sugiere J.C. Lamberti, la noción “completa” o “justa” de libertad comprendería tres elementos: “la idea de la independencia, heredada de la idea germánica y aristocrática; la idea de un derecho igual para todos, heredada de la moral cristiana, y la idea de la participación en la vida política, heredada de la moral antigua”(1976: 75). En este punto es preciso considerar la influencia ejercida por F. Guizot en ambos pensadores. Cfr. Varouxakis, G., 1999, “Guizot’s history works and John Stuart Mill’s reception of Tocqueville”, *History of Political Thought*, 20, 2, pp. 292-312.

- 24 Cabe aclarar que entre los borradores de su obra, lo vemos oscilar a la hora de consignar al individualismo como “un vicio del corazón” (Tocqueville, 2010: 881, nota a) o un “vicio de la mente” (2010: 8882, nota d).
- 25 Carta de Tocqueville a Ernest de Chabrol, enviada el 9-6-1831 (Tocqueville, 1985: 40).
- 26 Cfr. Mill, 1977e: cap. III.
- 27 En su *Autobiography* Mill recuerda y aprueba la preocupación que Tocqueville manifestaba por la amenaza del despotismo en el mundo moderno, al que describe como “el dominio absoluto de la cabeza del ejecutivo sobre una congregación de individuos aislados, todos iguales pero todos esclavos” (1981: 201).
- 28 Mill grafica su argumento con el caso del soldado que es capaz de abdicar su libertad de acción personal las manos de su general, siempre que el ejército sea triunfante y victorioso, y que se gloria de ser parte de una multitud conquistadora, a pesar de que la idea que tiene sobre el peso que a él mismo le cabe en el dominio ejercido sobre los conquistados, sea una mera ilusión. Para él, este tipo de hombres no está interesado en un gobierno limitado en sus atribuciones y su poder. Por el contrario, ve en el crecimiento del estado una oportunidad para obtener cargos públicos (fenómeno que describe como “*place-hunting*”). En realidad lo que prefiere es la *posibilidad*, no obstante lo lejana e improbable que ella sea, de ejercer el poder sobre sus conciudadanos a la *certeza* de que no se está ejerciendo un poder innecesario sobre sí mismo. De esta suerte, aprecia la igualdad pero no la libertad. O, como indica en otra ocasión, confunde el amor a la libertad con el amor al poder, lo que constituye no sólo un “error psicológico”, sino también “la peor lección moral posible” (1977f: 610). A diferencia del primero, el apetito por el poder es egoísta, en la medida en que el poder de uno implica la ausencia del mismo en el otro. Es la pasión más peligrosa y dañina de la naturaleza humana puesto que, “todo poder sobre otros, que implica coerción y compulsión, a excepción de aquel que da la influencia moral e intelectual, incluso en los casos en lo que es indispensable, es una trampa, y en todos los otros, una maldición, tanto para los que lo ejercen como para los que lo padecen” (1977f: 610).
- Tal como el mismo reconoce, esta pintura refleja una imagen cierta aunque exagerada del pueblo francés. Imagen que contrasta con la que ofrece su propio país. Los ingleses –explica– recelan cualquier tentativa en la que un poder excesivo, que no cuente con la sanción de la costumbre o de su propia opinión sobre lo que es correcto, pueda ser ejercido sobre ellos. Les importa poco ejercer poder sobre otros, no tienen pasión por gobernar y –aunque pueda resultar difícil de entender para los extranjeros– prefieren que de ello se ocupen aquellos que no buscan el poder directamente sino que lo ejercen más bien como consecuencia de su posición social²⁹. No les gusta la lucha por los cargos públicos y miran con gran aversión la multiplicación de los mismos, fenómeno muy popular en las naciones del Continente. Entre ellos, la intervención del estado es vista como “un remedio extremo”, que debe actuar únicamente en las grandes ocasiones, en los momentos difíciles o en aquellas cuestiones tan vitales que no puedan ser confiadas a manos menos responsables.
- 29 Cfr. Tocqueville, 2006a: 295, 452; 2006b: 405 y Mill, 1981: 201.
- 30 De manera análoga, en *L’Ancien Régime et la Révolution* escribe que el despotismo “quita a los ciudadanos toda pasión común, toda necesidad mutua, toda exigencia de enten-

derse, toda ocasión de actuar conjuntamente; los encierra, por así decirlo, en la vida privada. Ellos tendían ya a alejarse unos de otros: el despotismo los aísla. No había ya excesiva solidaridad entre ellos: el despotismo acentúa su indiferencia” (1989b:50). Cfr. también Tocqueville, 2006a:140.

- 31 En *Principles of Political Economy* Mill señala también que un pueblo que no desarrolla el hábito de la acción espontánea en aras de un interés colectivo porque está acostumbrado a que el gobierno haga todo por él, es un pueblo que ha desarrollado sus facultades de manera parcial, lo que revela que su educación es defectuosa en una de sus ramas más importantes (943).
- 32 Cfr. Tocqueville, 2010: 896, nota c., o bien Mill, 1985b: 264.
- 33 “En la igualdad veo claramente dos tendencias: una suscita en el espíritu del hombre pensamientos nuevos, y otra podría dulcemente llevarle a no pensar por sí mismo” (Tocqueville, 2006b: 23).
- 34 La expresión aparece por única vez en el capítulo III de *On Liberty* (1977d: 269). Tocqueville se refiere a ella como la “tiranía de la mayoría”. Únicamente en el capítulo XI de la tercera parte del segundo volumen de la *Démocratie* se menciona “el imperio de la costumbre y la tiranía de la opinión”. Pero, en rigor, en esta ocasión Tocqueville no se refiere a una forma de tiranía social. La frase alude a los usos y costumbres que debían vencer en el Antiguo Régimen un hombre y una mujer que querían unirse a pesar proceder de estamentos sociales diferentes (2006b: 265).
- 35 Esta idea también aparece en el capítulo VII de *Considerations on Representative Government*. Allí sostiene que “cuando la democracia es el poder supremo, no hay ni uno solo ni un pequeño número lo suficientemente fuerte para sostener las opiniones disidentes y los intereses amenazados o heridos. La gran dificultad del gobierno democrático ha sido hasta ahora, cómo proveer, en una sociedad democrática, aquello que las circunstancias habían provisto en todas las sociedades que se mantuvieron a la cabeza de otras —una base social, un punto de apoyo para la resistencia individual contra las tendencias del poder gobernante, una protección y un lazo de unión para las opiniones y los intereses que la opinión pública ascendente mira con desaprobación” (1977e: 459).
- 36 En el volumen de 1835, Tocqueville había anotado la siguiente reflexión en un pasaje que luego quedó suprimido: “Cuando, como suele suceder, la libertad de prensa se combina con la soberanía del pueblo, se observa que la mayoría a veces decide claramente a favor de una opinión. Luego, la opinión contraria no tiene mayores posibilidades de hacerse oír; aquellos que la comparten caen en el silencio, mientras que sus adversarios triunfan ruidosamente. De repente aparece un silencio inimaginable del que los europeos no tenemos idea. Ciertas ideas parecen desaparecer de repente de la memoria de los hombres. La libertad de prensa existe de nombre, pero en los hechos la censura reina, una censura mil veces más poderosa que la que se ejerce desde el poder” (2010: 300-301).
- 37 Cfr. la carta enviada por Mill a G. d’Eichthal el 7-11-1829 (1963a: 42) y “The Spirit of the Age” (1986a: 234).
- 38 Unas páginas más adelante agrega: “En las antiguas sociedades todo era diferente. La unidad y la uniformidad no se daban en ninguna parte. En las nuestras todo amenaza con

llegar a ser tan semejante que la figura particular de cada individuo pronto se perderá por completo en la fisonomía común” (417). Por su parte, Mill afirma: “La humanidad se ha convertido rápidamente en incapaz de concebir la diversidad, cuando durante algún tiempo se había desacostumbrado a verla” (1977d: 275).

- 39 Carta enviada el 17-7-1832 (1963a: 112). Palabras similares se encuentran en “Civilización”, donde puede leerse: “Aún si la civilización no hiciera nada para bajar las eminencias, produciría casi el mismo efecto al elevar los planos [llanuras]” (1977b: 126).
- 40 Cfr. cartas dirigidas a P. Villari el 9-3-1858, en la que incluso dice que su libro “no tiene valor más que para Inglaterra” (1972a: 550) y a T. Comperz, quien más tarde traduciría el texto al alemán, el 5-10-1857 (1972a: 539). En esta ocasión dice que su ensayo es “más necesario en Inglaterra que en Alemania”.
- 41 En relación a este punto, tanto Mill como Tocqueville sospechan que esta dificultad se potencia aun más en un escenario como el que proponían los socialistas. Cfr. Mill, 1967: 746; 1965: 205.
- 42 Sobre este punto Kahan advierte que la denuncia de Mill sobre el declive en el espíritu de individualidad fue ignorado e incluso ridiculizado en su tiempo. De hecho, el único inglés que parece haber aceptado favorablemente sus ideas en este campo fue Walter Bagehot (1992: 201, nota 30). A modo de ejemplo, en las reseñas de *On Liberty* realizadas por R.H. Hutton (“Mill on Liberty”, *National Review* 8 January 1859) y J. F. Stephen (“Mr. Mill on Political Liberty”, *The Saturday Review*, 19, February 1859) se cuestiona abiertamente el tono melancólico del autor y se sostiene que éste ha sobreestimado la tendencia uniformadora de la sociedad inglesa y exagerado los peligros a los que ésta se encontraba expuesta (Cfr. Stapelton, 2000: 245-269).

REFERENCIAS

- Brogan, H., 2006, *Alexis de Tocqueville: a life*. New Haven: Yale University Press.
- Collini, S., 1991, *Public moralists: political thought and intellectual life in Great Britain 1850-1930*. Oxford: Oxford University Press.
- Elster, J, 2009, *The first social-scientist*, Cambridge: Cambridge University Press.
- Hayek, F., 1986, “El individualismo. El verdadero y el falso”, *Estudios Públicos* 22, pp. 1-28.
- Jardin, A., 1997 [1984], *Alexis de Tocqueville (1805-1859)*, Hachette: Paris.
- Kahan, A., 1992, *Aristocratic liberalism: the social and political thought of Jacob Burckhardt, John Stuart Mill and Alexis de Tocqueville*, New Brunswick: Oxford University Press.
- Lamberti, J. C., 1976, *La libertad en la sociedad democrática*, Navarra: EUNSA.
- Lamberti, J. C., 2007, “La libertad y las ilusiones individualistas según Tocqueville”, en: Roldán, Darío, *Lecturas de Tocqueville*, Madrid: Siglo XXI.

- Lawler, P., 1995, "Tocqueville on Pride, Interest and Love", *Polity*, 28, 2, pp.181-189.
- Lukes, S., 1971, "The meaning of 'Individualism'", *Journal of the History of Ideas*, 32, 1, pp. 45-66.
- Mill, J. S., 1963a, "The earlier letters of Stuart Mill, 1812-1848", Part I, en: *Collected Works*, Vol. XII, Toronto: Toronto University Press [En adelante, CW].
- 1963b, "The earlier letters of Stuart Mill, 1812-1848", Part II, en: CW, Vol. XVIII.
- 1965, *The Principles of Political Economy with some of their applications to social philosophy*, [1848], en: CW, Vol. II-III.
- 1976a, "Newman's Political Economy", *Westminster Review* (octubre 1851), en: CW, Vol. V.
- 1976b, *Chapters on Socialism* [1879], en: CW, Vol. V.
- 1972a, "The latter letters of John Stuart Mill, 1849-1973", Part I, en: CW, Vol. XIV.
- 1972b, "The latter letters of John Stuart Mill 1849-1973", Part II, en: CW, Vol. XV.
- 1977a, "De Tocqueville on Democracy in America I", *London and Westminster Review* (octubre 1835), en: CW, Vol. XVIII.
- 1977b, "Civilization", *London and Westminster Review* (abril 1836), en: CW, Vol. XVIII.
- 1977c, "De Tocqueville on Democracy in America II", *Edinburgh Review* (octubre 1840), en: CW, Vol. XVIII.
- 1977d, *On Liberty* [1854], en: CW, Vol. XVIII.
- 1977e, *Considerations on Representative Government* [1861], en: CW, Vol. XIX.
- 1977f, "Centralisation", *Edinburgh Review* (abril 1862), en: CW, Vol. XIX.
- 1981, *Autobiography* [1873], en: CW, Vol. I.
- 1984, *The Subjection of Women* [1869], en: CW, Vol. XXI.
- 1985a, "Modern French Historical Works", *Westminster Review* (julio 1836), en: CW, Vol. XX.
- 1985b, "Guizot's Lectures on European Civilization", *Westminster Review* (enero 1836), en: CW, Vol. XX.
- 1985c, "Bentham", *London and Westminster Review* (agosto 1838), en: CW, Vol. X.
- 1985d, "Vindication of the French Revolution of February 1848", *Westminster Review* (abril 1849), en: CW, Vol. XX.
- 1985e, *Utilitarianism* [1861], en: CW, Vol. X.
- 1986a, "The spirit of the Age", *Examiner* (9-1-1831), en: CW, Vol. XXII.
- 1986b, "French News [15] y [18]", *Examiner* (1831), en: CW, Vol. XXII.
- 1986c, "The English national character", *Monthly Repository* (junio 1834), en: CW, Vol. XXIII.
- Robson, A., 1986, "Introduction", en: Mill, J.S., CW, Vol. XXII.

- Roldán, D., 2005, "Tocqueville y la tradición liberal", en: Nolla, E. (ed), *Alexis de Tocqueville: libertad, igualdad y despotismo*, Ávila: FAES, pp. 125-178.
- Rosanvallon, P., 2007 [2004], *El modelo político francés. La sociedad civil contra el jacobinismo, de 1789 hasta nuestros días*. Bs. As.: Siglo XXI Editores.
- Schleifer, J.T. 1980, *The Making of Tocqueville's Democracy in America*, Chapel Hill, 1980.
- Stapleton, J. 2000, "Political thought and national identity in Britain, 1850-1950", en: Collini, S., Whatmore, R., and Young, B. (eds), *History, Religion, and Culture: British Intellectual History 1750-1950*. Cambridge: Cambridge University Press.
- Swart, K., 1962, "Individualism in the mid-nineteenth century", *Journal of the History of Ideas*, 23, 1, pp. 77-90.
- Tocqueville, A. de, 1865, "Notes de voyages aux Etats-Unis" (1831-1832), en: *Œuvres complètes*, ed. par Beaumont, t. VII. Paris: Michel Lévy.
- 1866a, "Articles publiés dans le journal Le Siècle sur l'émancipation des esclaves » [1843], en: *Œuvres complètes*, ed. par Beaumont, t. IX. Paris: Michel Lévy.
- 1866b, "Discours à la Assemblée constituante sur la question du droit au travail" [12-9-1848], en: *Œuvres complètes*, ed. par Beaumont, t. IX, Paris: Michel Lévy.
- 1866c. "Discours de réception à l'Académie Française" [21-4-1842], en: *Œuvres complètes*, ed. par Beaumont, t. IX, Paris: Michel Lévy.
- 1954, "Correspondance anglaise avec Reeve et J. S. Mill", en: *Œuvres complètes*, t.VI, Paris: Gallimard.
- 1970, "Correspondance Tocqueville-Ampère et Tocqueville-Royer Collard", en: *Œuvres complètes*, t. XI, Paris: Gallimard.
- 1985, *Selected Letters on Politics and Society*, ed. by Roger Boesche, Berkeley: University of California Press.
- 1989a, *Ensayo sobre el estado social y político de Francia antes y después de 1789*, [1836], Madrid: Editorial Alianza.
- 1989b, *El Antiguo Régimen y la Revolución*, [1859], Madrid: Editorial Alianza.
- 2003, *Lettres choisies. Souvenirs*, ed. par Mélonio et Guellec, Paris: Gallimard.
- 2006a, *La democracia en América*, I [1835], Madrid: Editorial Alianza.
- 2006b, *La democracia en América*, II [1840], Madrid: Editorial Alianza.
- 2010, *Democracy in America. La démocratie en Amérique*, ed. by Eduardo Nolla, trans. by J. T. Schleifer, Indianapolis: Liberty Fund.
- Varouxakis, G., 1999, "Guizot's history works and John Stuart Mill's reception of Tocqueville", *History of Political Thought*, 20, 2, pp. 292-312.